

RESSENYES

Fred Copeman, *La razón en marcha*, traducción y edición de Luis Arias González y José Luis Martín Rodríguez. Sevilla: Renacimiento, 2022, 392 pp.

Este libro es la primera edición en español de *Reason in revolt*, la autobiografía que Fred Copeman publicó originalmente en 1948, cuando el autor apenas contaba 40 años. De su vida hasta entonces, Copeman destaca su viaje del comunismo al catolicismo. Este viaje es, de hecho, la razón de ser de estas memorias y, a su vez, lo que da sentido a la trayectoria vital que relata la obra. No conviene, por tanto, llevarse a engaño. Este libro es literatura militante, un libro pensado para deslegitimar el comunismo, en el que Copeman había militado a lo largo de los años treinta, y para legitimar el Rearme Moral, el movimiento internacional en el que el autor recaló tras su conversión al catolicismo, después de la Segunda Guerra Mundial. Los profesores Luis Arias González y José Luis Martín Rodríguez son plenamente conscientes de ello y así lo reflejan en la introducción que incluyen en esta edición para presentar la obra. Aunque son quizá demasiado indulgentes con la misma. Y es que la consideran una confesión, un «examen de conciencia» en el que el autor «vuelca su pasado entero, con una sinceridad absoluta, en la que no disimula ninguna de sus carencias, sean éstas afectivas, formativas o morales, ni tampoco ninguno de sus fallos de carácter». Uno tendería a pensar, por el contrario, que un libro de memorias, cualquier libro de memorias, solo transmite aquello que el autor quiere transmitir. Como pensaría que transmite lo que transmite con toda la fidelidad a la realidad de la que una memoria individual, cualquier memoria individual, es capaz. Como también pensaría que no disimula, sin duda, algunas carencias, pero que, seguramente, disimula otras. En definitiva, uno tendería a sospechar que un libro de memorias es un libro de

memorias, nada menos, pero también nada más.

Que *Reason in revolt* sea literatura de combate no significa, en todo caso, que lo que Copeman cuenta en su libro carezca de importancia para los historiadores. De esto, ni que decir tiene, tampoco son ignorantes los responsables de esta edición, que destacan, ante todo, el valor de una obra de estas características como fuente para una historia con nombre y apellidos, una historia con rostro, una historia centrada en el individuo como sujeto activo y pasivo. Consideran igualmente que el caso de Copeman es significativo porque este hombre fue a la vez paradigmático y extraordinario. Paradigmático cuando apostató del comunismo y se convirtió al catolicismo, en la estela de otros muchos marxistas que hicieron el mismo viaje tanto dentro como fuera de Gran Bretaña. Y extraordinario en la medida en que constituye uno de los escasos ejemplos de superación social identificables en la sociedad británica de la primera mitad del siglo XX. Resaltan los editores, además, que la vida de Copeman es relevante porque fue, de forma simultánea o alternativa, protagonista, testigo y víctima de la historia. Pocos individuos han llegado a representar esos tres papeles en el pasado de la humanidad. Copeman lo hizo y eso queda reflejado en su autobiografía, en la que este hombre da cuenta de su infancia atribulada en un asilo para pobres en los años diez, de su paso en la década siguiente por la marina británica, donde impulsó un motín, de su implicación en las movilizaciones sociales y políticas promovidas por el comunismo británico en los años treinta, de su intervención en la guerra civil española como brigadista internacional, de su visita a la Unión Soviética a finales de 1938, de su participación en

la organización de refugios para la población civil durante la guerra mundial y de su actividad sindical y política dentro del laborismo en los años cuarenta.

La trayectoria vital de Copeman está bien resumida en la introducción de los editores de la obra, que después de resaltar la importancia de la misma, desgrana los principales acontecimientos de la vida del autor, sobre todo los recogidos en la obra, pero también los que no, aquellos que tuvieron lugar después de su publicación, a partir de 1948, y termina con algunas breves consideraciones sobre las ediciones original y actual y sobre las razones que explican que no haya sido traducido hasta ahora. *Reason in revolt* está dividido en doce capítulos precedidos por una muy breve introducción. En esta última, el autor explica las razones por las que se vio «forzado» a escribir el libro, que fueron la necesidad de denunciar el fracaso del comunismo y la urgencia de anunciar el hallazgo de «la respuesta a los deseos profundos de la Humanidad, la respuesta al Comunismo y la respuesta a todas nuestras esperanzas y temores», que, como se anuncia al final del libro, se encuentran todas en el catolicismo. Los primeros nueve capítulos constituyen un relato lineal de la vida de Copeman desde su niñez hasta su conversión, aunque no lo hacen de forma equilibrada. Por ejemplo, el autor dedica un solo capítulo al asilo para pobres, dos a la marina británica y tres a la guerra civil española. Los tres últimos capítulos de la obra rompen este hilo narrativo. El décimo y el duodécimo, en realidad, dejan de ser relatos. Aquel explica las razones que llevaron a Copeman a adoptar la fe católica. Este, las que le condujeron a respaldar el Reino Moral. El undécimo es también una narración, aunque aquí el relato no sirve para ilustrar una etapa de la vida del autor, sino para denunciar las maniobras realizadas por los comunistas con el propósito de establecer su control sobre el sindicalismo británico.

Cabe suponer que, para los historiadores, la parte de mayor valor del libro de Copeman será la constituida por los nueve capítulos estrictamente autobiográficos. Porque el resto, la introducción y los últimos tres capítulos, está muy cerca del panfleto. No hay que olvidar, sin embargo, que *Reason*

in revolt, en su conjunto, es literatura de combate, persigue un objetivo político. Además, es necesario recordar que el libro fue escrito en su totalidad sin notas ni documentos, de memoria, probablemente el mismo año de su publicación original, en 1948. Es recomendable, en consecuencia, tomar con precaución no solo los hechos que Copeman narra a lo largo del libro, sino también y quizá sobre todo, algunas de las reflexiones que asegura que realizó o ciertas sensaciones que afirma que experimentó en cada momento determinado de su trayectoria vital. Esta recomendación, válida para toda la obra, resulta imprescindible para los capítulos que recogen la vida del autor desde su salida de la marina británica hasta el comienzo de la guerra mundial, etapa de aproximadamente diez años durante la que perteneció al Partido Comunista. Los tres primeros capítulos del libro resultan, desde este punto de vista, de mucho mayor interés que el resto. En buena medida porque narran un período en el que Copeman todavía no estaba politizado. Aquí es posible encontrar un retrato bastante vívido de la vida cotidiana tanto en el asilo de pobres en el que el autor pasó la niñez como en la marina británica donde superó la adolescencia y alcanzó la madurez. También aquí hay un relato relativamente detallado de la gestación y del desarrollo del motín de Invergordon, en el que Copeman jugó el papel de protagonista, testigo y víctima. De los capítulos posteriores cabe, pese a todo, destacar la cruda imagen que el autor ofrece del día a día de las Brigadas Internacionales, muy alejada de las representaciones ideales procedentes del comunismo militante.

Merece la pena terminar esta reseña con algunas consideraciones en torno a ciertas cuestiones formales que habría que tener en cuenta, desde mi punto de vista, para ediciones posteriores. Habría sido, para empezar, de mucha utilidad contar con un glosario de nombres al final de la obra. Los editores han publicado una versión con notas al pie de página en las que identifican a los individuos que desfilan por las memorias de Copeman la primera vez que lo hacen. No es suficiente. Porque el mismo personaje aparece en capítulos distintos y el lector no recuerda en el capítulo cuatro quién es exactamente ese personaje que había apareci-

do debidamente anotado en el capítulo dos. Una solución alternativa podría consistir en incluir un índice de nombres para poder consultar con rapidez las páginas en que aparece el personaje en cuestión y poder así leer la nota que identifica al mismo en la primera de ellas. Hay, por lo demás, algunos pasajes incomprensibles. Por ejemplo, el primer párrafo de la página 362 es ininteligible. Quizá esos pasajes sean producto de un exceso de celo a la hora de respetar la obra original. O quizá lo sean de una traducción descuidada. Es posible, por último, identificar un error de puntuación recurrente tanto en la redacción de la introducción como en la traducción del libro que dificulta la lectura y la comprensión de la obra y que consiste

en colocar una coma entre el sujeto y el verbo. No creo, en todo caso, que sea necesario dejar claro que ninguna de las críticas señaladas o de los errores destacados aquí desmerecen lo más mínimo el trabajo realizado por los profesores Arias González y Martín Rodríguez con un libro que representa una excepcional aportación al conocimiento histórico del pasado siglo XX.

Isaac Martín Nieto
Universidad de Salamanca